



DON ALFONSO EL SABIO.

PURÍ Y LA FIESTA DE ROTH EN 1849.

« ¡Qué hombre en el mundo no conoce á Purí (1) ¡Purí, cuyo templo toca en las nubes y sirve de faro á los navegantes! ¡Purí, el lugar de reunion de los pueblos, la antigua residencia de las poderosas divinidades! Venid á Purí, venid allí maravillas sin cuento: ¡es la ciudad de los dioses y de los milagros! Así van gritando los sacerdotes viajeros hasta las tribus mas lejanas de la India. »

Un conjunto raro de casas miserables, de shalas, abrigos destinados á los peregrinos, de monasterios, vastos edificios de conchas vendadas (2), murallas adornadas de figuras, callejuelas estrechas, tortuosas y sucias, interceptadas con pozos de piedra y montones de escombros, una calle de ciento cuarenta piés de anchura, que desemboca en la plaza del templo y por donde pasa el carró del ídolo. ¡Este es Purí! ¡la gran ciudad! ¡la ciudad de las maravillas!

Mas lejos, y sobre vastos arrabales de arena, aparecen las casas de los europeos y de los oficiales del gobierno. Desde allí se oye incansablemente el sordo mugido del mar, cuyas enormes olas cubren á lo lejos la playa con blanca espuma.

En medio de estas comarcas sagradas se eleva esta ciudad sagra-

(1) Ciudad de 50,000 habitantes, situada á 100 leguas de Calcuta, en el lido de la provincia de Orissa.

(2) Especto de galerías ligeras cubiertas de lona. Las verandas de estos monasterios se elevan algunos piés sobre la calle, y por lo regular están adornadas con un pequeño modelo del templo de Jogonath, en cuya cima se ve el ídolo, árbol sagrado.

da, donde estan los cinco estanques sagrados, vastos receptáculos rodeados de escalones de piedra, uno de los cuales, mas célebre que los otros, tiene el nombre de Gange-Blanc, porque dicen que es hijo de Gange. Entre los otros lugares sagrados están el templo de Loknath con su famosa imagen de Lib; el gran cementerio de Purí en las arenas, llamado Ewargo Dwar ó puerta del cielo; el Norok Dwar ó puerta del infierno, á cuya orilla llegó el ídolo reverenciado de Jogonath; por último, el Chokratirho, arroyuelo que desemboca en el Océano. Pero el principal objeto de la veneracion pública es el templo del ídolo. Por cualquier parte que se llegue, se encuentra cortado el paso por un muro de veinte piés de alto, que rodea una plaza de seiscientos veinte piés de ancho. A cada una de las cuatro partes de este muro hay una ancha puerta, abierta á la multitud. La mejor, la mas venerada y frecuentada es la de los leones, llamada así porque tiene á los lados colosales leones: por ella pasan los dioses, y allí termina el Boro Dando (1). En frente y á alguna distancia, se eleva en medio de la calle una columna de mármol negro, de unos cuarenta piés de altura, y en cuya cima está el dios Hormaman (2). Ligera, graciosa, acanalada, forma esta columna singular contraste con todo lo que la rodea: es un monumento griego en medio de monumentos indios.

Al entrar en la plaza descubre el peregrino, no uno ni dos templos, sino mas de cincuenta, dedicados, no á todas las divinidades de la India, sino á las mas célebres. El mas notable de todos es el Boro Dwar, ó gran templo, imponente torre de doscientos piés de altura y cuarenta y dos de fachada. Allí, sobre una ancha plataforma toda

(1) Gran zalle.

(2) Dios mono.

de mármol, y llamada *Botnos* (inghason ó trono de las alhajas, residen de edad en edad tres divinidades, Jogonath, su hermano y su hermana. Tres edificios piramidales completan este templo: el Mukhesla, el Bhog Mondop y el Jogomobon, mas pequeño que los otros dos y colocado en medio.

Al Chog Mondop es donde llevan todos los días los sacerdotes el alimento destinado á los peregrinos; y en el Jogomobon (delicias del mundo) es donde las jóvenes bayaderas regocujan con sus bailes á los dioses y á los sacerdotes.

Todo el edificio, tanto en lo interior como en lo exterior, está cubierto de diversas figuras: elefantes, grifos y monstruos de todas especies.

En la espalda de la estatua, aseguran los indios que existe un tesoro. Según unos es un hueso de Krishna ó un Salsu (1), según otros es una caja de plata viva. Cien que siempre que se hace un ídolo nuevo, eligen un joven de las cercanías de Puri para trasladar el al precioso tesoro desde el antiguo ídolo al nuevo, y que hecha la operación muere el niño en el cuño.

El establecimiento que depende del templo inmenso, comprende treinta y seis clases principales de dependientes del ídolo: mas sensiblemente cuarenta personas no tienen otra ocupación que servirle. El *Krisak* y le hace la cama, el *Passiparak* le despierta por la mañana, el *Mukh* le presenta el mondadientes y agua para enjuagarse, el *piotar* le coloca los ojos, otro le prepara el arroz, otro le presenta los platos, el *Dhna* lava los manteles, el *Changras* toma el inventario de las ropas, el *Chhatras* le lleva la sombrilla, el *Khumbia* le avisa la hora en que empieza la adoración. Para tanta gente y tan gran Dios son indispensables sacerdotes cocineros; se cuentan cuarenta familias de esta clase. Era preciso tambien sacerdotisas bailarinas, hay unas ciento veinte; hay pues el número total de sacerdotes de Jogonath á unos tres mil.

Se pueden dividir los sacerdotes de Jogonath en dos clases: en sacerdotes sedentarios y viajeros. Los primeros viven en Puri y jamás salen de allí: los segundos, llamados *Pandus*, van á recomendar el celo de las poblaciones indias, y vuelven á cada fiesta millares de adoradores; celosos por la naturaleza de sus funciones, han dado su nombre á sus compañeros, y los peregrinos solo conocen á los sacerdotes, sean sus nombres las que quisieran, bajo el nombre de *Pandus*.

Este ejército con templo é ídolo ha sido puesto por el gobierno inglés bajo la inmediata vigilancia del bajá de Khondia. Este príncipe es el dueño absoluto de todo aquello, y el terror de los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen mil industrias que les proporcionan considerables sumas; hay una que por sí sola bastaría para enriquecerlos; es el comercio de la comida sagrada, preparada por los sacerdotes cocineros; y presentada al ídolo que la santifica, es vendida después como santa á la muchedumbre que cree en un crimen el comer otra cosa en Puri, que lo que ha sido vendido por el ídolo. Pero más de cien mil peregrinos toman parte en el banquete, y lo que los sacerdotes compran por dos annas (una octava parte de rupia), lo venden por una rupia.

Cada año se celebran doce fiestas en Puri, las cuatro primeras son: el *Dol*, el *Chorndon*, el *Suan* y el *Roth Jattra*.

En el *Suan Jattra*, los sacerdotes purifican á los dioses de las manchas que pueden haber adquirido por el contacto y mirada de tantos miles de peccadores, los colocan en un alto terrado, y los aspergian á vista de la multitud; y en el *Roth Jattra* ó fiesta de los carros, salen los ídolos del templo, suben sobre los carros, y van á pasar algunos días al templo de Goudicha, que está á dos millas de distancia, al extremo Norte de *Bow Dundo*.

El *Roth Jattra* empieza el segundo día del mes bengalés de *Asar*, en la época en que es mayor el calor á la entrada de la estación de las lluvias.

Entonces aparecen tres carros, cuyas colosales dimensiones reclaman respeto de la multitud; estos son los carros cuya reputación se extiende mas allá de los mares, y cuyas ruedas han aplastado á tantos fanáticos. Adornados con unos paños con rayas encarnadas, verdes y amarillas, parecen de lejos de una magnificencia sin igual, y hieren la imaginación de los pueblos; pero de cerca son mas que masas estravagantes, miserablemente adornadas.

El carro de Jogonath tiene cuarenta y cinco pies de alto y rueda sobre diez y seis pesadas ruedas de siete pies de diámetro; sobre la plataforma en que acaba se coloca la divinidad. Los otros dos carros no difieren mas que en la forma, pero son un poco mas bajos. Así como el primero están rodeados de una galería de ocho pies de anchura, que recorren los sacerdotes delante, que provocan por sus gestos violentos ó por sus arengas el entusiasmo de la multitud, y reciben las ofrendas que les echan de todos lados.

En el día señalado, después de las oraciones y diversas ceremonias,

se hacen salir á los dioses del templo de una manera poco adecuada á su pretendida dignidad. El ídolo hermano es llevado á fuerza de brazo; pero Jogonath y su hermano aparecen en la puerta de los leones con cordeles al cuello. En tanto que unos sacerdotes tiran de estas cuerdas, otros procuran poner derechos á las divinidades, ó los empujan de una manera tan impropia y con gastos tan cómicos, que se diría que su único objeto es divertirlos y divertir á los espectadores.

Después de esta aventura, llegan los ídolos á los carros. Entonces nuevos trabajos; los carros son altos y es preciso subirlos; hay una especie de puentes que bajan desde lo alto de los carros hasta el suelo, y facilitan la ascension de las divinidades; tiran de ellas, las empujan, y suben por fin á su trono.

Entonces se deja oír un clamorero atonador, el delirio de la muchedumbre llega á su colmo, todos pueden ver y saludar á los dioses: ¿y qué son estos dioses? Troncos de seis pies de altura, Jogonath el de los grandes ojos, nariz puntiaguda, cuerpo inclinado; Jogonath el jorobado es una palabra. Su hermano es tan horrible como el, y su hermana, verdadera monstruo, cuya estrofa apenas ofrece algunos rasgos de semejanza con una cabeza humana.

Puestas ya en los carros, ponen á Jogonath pies, manos y orejas de oro, y después, con los gastos mas ceremoniosos, le ciñen una faja de color de grana. Entonces recibe los homenajes del rajá, que rodeado de toda su pompa, y armado de un magnífico talisman, llena con orgullo las funciones de *Choudal* ó sacerdote del Dios. En seguida corren vandas innumerables de aldeanos llamados *Kolsbaitas*, que deben ayudar á los habitantes de Puri á llevar á los dioses. Además del honor que esta acto les reporta, queda exenta de impuestos una parte de sus tierras. Estos *Kolsbaitas* miraquean al rededor de los carros, y al dar la señal convenida se precipitan sobre los enormes cables que están atados á ellos, y arrastran con su ejemplo á la muchedumbre, y bien pronto las pesadas máquinas hacen temblar la tierra bajo su peso.

La frenética alegría que se manifiesta en todos los rostros, el aspecto de las caras, templos, árboles y calles donde hormiguea la entusiasta muchedumbre, el ruido de mil tambores, el chirrido de los carros, los gritos de *Flori Boud* que se elevan incesantemente en medio del trueno continuado de la fiesta; el rajá, su deslumbrador aparato, sus sombrillas sagradas, sus vestidos abarrotados, su imponente guardia; los diez elefantes del ídolo con retumbantes campanillas y manillas de grana entrelazada con pajitas de oro; los *Pandus* con sus gestos, aullando y cantando en la galería de los carros; el peso pesado y uniforme de una muchedumbre que se va haciendo paso entre otra multitud; toda esta pompa y todos estos misterios, el conjunto, en fin, de tan estraña escena, lastima el alma y hace una impresión que no es fácil describir.

La rapidez de los carros varia según el estado de las calles: tardan por lo regular tres ó cuatro días en llegar al templo del *Goudicha*. Allí descansan algunos días los dioses, después vuelven á sus tronos móviles, y regresan á sus dominios. He aquí toda la fiesta del *Roth*.

Los adoradores que reúnen Puri pertenecen á todas las tribus de la India; allí se ven siats (1), maharathas (2), indostanes, telingas (3), malabares (4), orissas, y sobre todo bengaleses.

Las mujeres componen por lo menos las dos terceras partes de la asamblea. Estas desdichadas, viudas en la mayor parte, se contentan con escapar á la esclavitud que pesa sobre ellas en la familia de sus difuntos maridos; y estas familias, es preciso decirlo, son bastante bárbaras para animarlas á emprender una peregrinación de que se espera que no han de volver. ¿Cómo resistir entonces á las magníficas promesas que vienen á hacerles los viajeros sacerdotes, y no dejarse deslumbrar por las invitaciones que les hacen para contemplar tantas maravillas? Según ellos, los peregrinos que tiran del carro de Jogonath no son más que una simple guardia de honor. Este carro rueda por sí solo empujado de una fuerza interior, emanada del mismo Jogonath. El Dios devora todos los días mil libras de alimento; tiene sobre el hogar de su cocina nueve grandes vasos, uno sobre otro, y ¡cosa admirable! aunque el calor es tan extraordinario; solo en el último se cuece la comida; la que hay en los ocho restantes queda cruda. No hay sombra en el templo, y no se oye el ruido del mar aunque estuviera en el pórtico, etc., etc.

El número de peregrinos varia todos los años; se cuentan desde ochenta mil á doscientos mil y mas.

En 1840 ningún peregrino se echó bajo las ruedas de los carros;

(1) Nación del *Pajah*, celebre por las sangrientas batallas que ha dado á los ingleses.

(2) Los maharathas, en la España del *Benal*, guerreros admiatistas é interceptados antes heridos en toda la India y aun por los ingleses. Su imperio no se destruyó definitivamente hasta 1845.

(3) Los telingas ocupan el centro-oriental de la costa del *Benal*.

(4) Pueblo mercantil y navegante en la costa occidental del *Benal*.

el formalismo de la antigua edad va desapareciendo; y desdichados los sacerdotes si tratan de reanudarlos. El gobierno inglés les ha hecho responsables de la sangre que se derrama. Pero hay otro sacrificio que se renueva impunemente todos los años: el de millares de hombres que vienen a perecer en las calles y plazas de la ciudad santa; este número infinito de almas inmortales que envitece un culto degenerado.

LOS BAÑOS MINERALES DE EMS.

Las termas de Ems pertenecen á los baños minerales mas antiguos de Alemania, y fueron ya conocidas por los romanos en la antigüedad mas remota. Las legiones romanas de Augusto y Tiberio tenían campañas las alturas del Tauna, y dedicaban su ciudad y atención á las fuentes termales de Ems. Muchos monumentos del tiempo de los romanos nos prueban hasta la evidencia que Ems habia gozado ya entonces de gran estimacion é importancia, pues Ems es una fuente abundante de antedichas termas. Despues de la caída del imperio romano desaparecieron por mucho tiempo todas las noticias sobre esta ciudad y sus manantiales, y no antes que en el siglo XII llegó á entrar bajo el dominio del conde de Nassau, dando el arzobispo de Colonia en 1353 al conde Juan de Nassau el pueblo de Elmelt con sus baños calientes en feudo. Mas tarde se presentaron como co-propietarios de Ems los poderosos condes de Katzenellenbogen. Despues de la estincion de esta casa les su parte en posesion á las landgraves de Hesse, que quedaron hasta 1805 en comun posesion de Ems con la casa de Nassau-Orange, en cuya época y á consecuencia del convenio de Ratibona pasó Ems en esclusiva posesion de la linea de Nassau.

Hesse y Nassau-Orange habian hecho ya mucho por Ems en el siglo pasado; sin embargo, los magníficos establecimientos que han elevado á este pueblo á uno de los principales baños de Europa, deben su creacion únicamente á aquel tiempo en que Nassau, siendo unico príncipe soberano, pudo empezar y concluir sin trabas la obra de su embellecimiento. En los últimos tiempos se han empleado considerables cantidades para quitar lo antiguo, fundar, ensanchar y hermosear lo nuevo.

Por cualquiera parte que sea que uno se aproxime á estos célebres baños, subiendo ó bajando el Lahn, se abre una magnífica perspectiva sobre el valle encantador del río y sobre el alegre pueblo de Ems, que se apoya tínicamente contra el pie de las altas montañas que lo rodean. Con alegría recorre la vista el ameno escensio de este paisaje, que justamente en esta parte ha adornado la naturaleza con los encantos mas variados. Casas de baños y fondas semejantes á palacios, alegres jardines, alamedas y grupos de árboles umbrosos adornan agradablemente las diferentes localidades. Los alrededores encantadores de Ems ofrecen una abundante materia para pasar semanas enteras una verdadera vida idílica. En todas partes se han establecido cómodos alojamientos, y son las exigencias mas exajeradas de bienestar confortable y comodidad suntuosa se hallan completamente satisfechas. En ningun concepto Ems se ha dejado arrebatarse la palma ni aun por los mas célebres baños de Europa, y permanecerá en la altura de su florecimiento, mientras la ciencia anuncie el poder hechicero de sus manantiales.

Al lado de los muchos edificios nuevamente construidos, en su mayor parte por particularés, se eleva orgulloso el salon de sociedad ó descanso levantado hace pocos años. A sus agradables proporciones exteriores corresponde un rico adorno interior. La gran sala de baile con sus columnas y pilastras de mármol rojo, sus pinturas al fresco y sus espejos gigantescos ofrece un aspecto imponente, sobre todo de noche, cuando al brillo de una magnífica iluminación se reúnen los variados grupos de la sociedad para conversar ó pasar el tiempo alrededor del tapete verde. El pasaje abovedado que une la sala de sociedad á la casa de baños, es una obra completa del arte y de la técnica, y constituye un sitio sumamente animado; pues siendo al mismo tiempo un bazar, contiene todo lo que la industria puede ofrecer á la necesidad y al lujo.

El número de los manantiales en Ems pasa de veinte; pero en la casa de baños y sus inmediaciones solo son quince los que brotan de las hendeduras de las peñas. Al lado opuesto se ha encontrado el nuevo manantial sumamente abundante, que tiene una temperatura de 38° Réaumur, la fuente del Calórico 37°, la del Principe 38° y la del Krähmchen 23°. El agua es limpia y clara, su sabor algo salado ó alcalino, pero agradable. Al lavarse ó bañarse obra de un modo sumamente agradable sobre los nervios tangibles de la piel. Mientras que la primera de las fuentes citadas solo sirve para bañarse, se aprovechan las últimas leas principalmente para beber. En casi todas las aguas termales de Ems han arrojado de sus ensayos científicos los resultados de

que todas concuerdan esencialmente en sus principales partes de composición, y que únicamente en el contenido del libre ácido carbónico y en las proporciones de su temperatura, es en lo que difieren en tanto. El elemento principal de que se componen es el bi-carbonato de sosa, y discrepa muy poco, pues contiene en 10 onzas ósea de 14-16 granos, mientras la suma de todas las sólidas partes integrantes es de 36-37 granos.

El arreglo actual de los baños no deja nada que desear; el mobiliario y ajuar de los baños corresponden á las exigencias actuales mas elevadas, á fin de que el establecimiento asegure tambien para el porvenir la fama equívoca ya desde mucho tiempo há. Las bañeras se hallan en la casa de baños, en la casa nueva, en la columnata nueva cerca de las cuatro torres, y en la nueva casa de baños al otro lado de Lahn. En todo hay ciento cuarenta y ocho bañeras, de modo que seiscientas ó mas personas pueden bañarse diariamente. El orden es conveniente y puntual feino en todas partes.

Dos veces al día se reúnen todos los visitantes de Ems en el delicioso jardín que se estiende desde la casa de baños hasta el salon de recreo; bellas señoras, elegantemente vestidas de casi todas las modas dan á este cuadro animado que aquí se presenta, un carácter sumamente interesante. Una banda de música toca con maestría las piezas mas escogidas, mientras que el mundo fashionable se pasea debajo de umbrosos árboles y entre los cuadros de flores que hermosas señoras á veces con un esplendor inusitado. ¡Qué delicia! Cuando despues de un día coloroso de verano estando la tarde sus sombras sobre el valle, los últimos rayos del moribundo sol doran las cumbres de las inmediatas montañas y sus peñascos llenos de musgo y rodeados de un vapor purpúreo brillan elevados sobre el oscuro verde de los bosques. ¡Qué impresiones para un alma sensible! Por un lado príncipes, princesas y el mundo elegante de casi todas las partes de Europa, y por otra la serena y silenciosa naturaleza en toda la magnitud de su esplendor.

Si ya hemos mencionado al hablar de los alrededores mas cercanos de Ems, el que los sacrificios hechos para atraer la concurrencia se han visto recompensados con abundancia, no podemos menos de conceder gustosos esta ventaja igualmente á los etios algo mas apartados. Nassau, con sus ruinas de Nassau y Stein, Brimbach, Lahostein, Stolzenfels, Coblenza, Ehrenbreitstein, Engers, Sain y Neuwied forman una serie de puntos de excursion, cuyos principales encantos nos permiten los límites de este reducido artículo explicar.

Los efectos de los baños de Ems son muy grandes, aunque diferentes. Obran despacio, pero profundamente, sobre el organismo, sin excitarlo, pues penetran en los jugos del mismo y lo cambian de un modo químico y dinámico. La suave termas que se introduce casi furtivamente en todo el organismo (pues estas son las palabras de eterna verdad del ponderado Dial, á quien nadie ha dejado de citar al decir algo de Ems), es la sosegada amiga de la vida vegetaliva, de la fuerza plástica y penetrando en las membranas mas finas y mezclándose del modo mas íntimo con toda la masa de los humores, es claro que estas aguas tan sustanciosas deben variar la forma de vida en la anatomía patológica de la sangre. Las aguas de Ems son un remedio de suave pero radical efecto, que ha ejercido frecuentemente un influjo saludifero en las enfermedades de las membranas mucosas (en todos los enteros crónicos) de los vasos y las glándulas linfáticas, de las escrófulas y sus formas múltiples en las afecciones de los riñones, del bazo, del hígado, de la piel, etc.; no hablando de su valerosa y conocida aplicacion contra las enfermedades crónicas del pecho, á lo cual debe Ems su principal fama. Con respecto á la curacion de varias enfermedades del pecho, en Ems finito en su clase: muchos enfermos que padecian de una fonguía continuada, de catarros inveterados, de una bronquitis crónica del asma, etc., han sido curados aquí. En particular recomendamos aun su gran efecto contra la gota y el reumatismo, contra la acidez del estómago, dispensa é inclinacion á las afecciones interitas. En este concepto es Ems el Caribid en sentido mas suavo.

Para el conveniente uso de los baños, que debe dirigir un entendido y cuidadoso médico, siempre que se quiere lograr un resultado deseado, es menester guardar la correspondiente dieta, observar un rigido método de vida, y continuar por largo tiempo el uso de las aguas. El enfermo debe evitar cuidadosamente las excitaciones de Vócus, las emociones morales y los excesos dietéticos á fin de que no se interrumpa el efecto de la curacion, el baile, juego, los juegos de la mesa, las pasiones etnan frecuentemente á perder lo que las aguas habian remediado. En su lugar podrán indemnizarse con escursiones en el país, con ejercicios corporales, cambios de aire y de residencia, nuevos conocimientos, el goce de nuestras hermosas tardes, descanso de trabajos penosos, el *doles feruente*, el destierro de cuida de los domésticos etc., todo lo cual contribuye de seguro al logro de la salud.

Ems es muy frecuentado. Mientras que en los años de 1820-1830 el número de los enfermos era solo de mil doscientos, subió en los de 1830 en adelante ya á tres mil, alcanzó el de cuatro mil en 1840, y

en 1852 llegaron á cinco mil los forasteros que buscaron la salud en sus manantiales. Se ve por lo tanto que Ems obtiene cada vez mas aceptación. Pero tambien el gobierno por su parte contribuy6 en todo lo posible para hacer á los forasteros en estancia tan agradable como á él. Así es que se quitaron los antiguos baños que no correspondian á toda la comodidad que ahora se exige, y se levant6 una nueva y grandiosa casa de baños que hace poco ha sido abierta al público; así es que se levantara un puente de hierro sobre el Lehn, que se ensanchará el sal6n de bebida en el Krautchen y se construyera una presa en el Lehn para elevar á mas altura el nivel del agua, lo que se hace por consideraciones higiénicas á fin de proporcionar á nuestro pueblo, ya muy sano, aun mas salubridad. Asimismo se aumentó en uno el número de los médicos que habia hasta ahora, componiéndose por consiguiente el de cinco, no bastando los cuatro que habia á causa del aumento de extranjeros que habia tenido Ems en los últimos años.

En vista, pues, de un estímulo tan activo de todas partes, nó es de extrañar que Ems entrase en el período de su mayor brillo y estendiera su fama hasta los países mas remotos.

LA MANO ROJA, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En la segunda mitad del siglo pasado vivia un sabio muy entendido en todos los ramos de la fisica. Poco antes de la época en que comienza nuestra historia habia sentido la influencia de una entidad moral, mas poderosa que todas las afinidades químicas. Es decir, que habia abandonado su laboratorio al cuidado de un ayudante, borrado de su bella fisonomía todas las señales del humo de su hornillo, lavado las manchas que los ácidos habian impreso en sus manos y persuadido á una encantadora jóven á casarse con él.

En aquellos tiempos en que el descubrimiento comparativamente reciente de la electricidad y otros misterios de la naturaleza, análogos á este, parecia que abría el camino de una region llena de prodigios, no era extraño que el amor de la ciencia rivalizara en intensidad y energia absorbente con el amor de la mujer. El entendimiento, la imaginación, el corazón mismo encontraban un alimento simpático en investigaciones que, segun lo creian algunos de los que se dedicaban á ellas, debian hacerlos subir, uno tras otro, todas las escalones que conducen al poder, y darles por fin el secreto de la fuerza creadora, hasta tal punto, que todo físico podría crearse para sí mismo nuevos mundos.

No sabemos si Aylmer poseia tal grado de fé en el próximo imperio del hombre sobre toda la naturaleza; pero sea como quiera, se habia consagrado muy sinceramente al estudio de las ciencias, para que ninguna otra pasión pudiera apartarlo de ellas para siempre. Podría acontecer, sin duda, que el amor de su mujer fuera el mas fuerte; pero era preciso para esto que se confundiera en cierta manera con su amor á la ciencia, y sacase de este último fuerza que lo fortaleciera.

Efectuare, pues, esta union, acompañada de consecuencias nefastas, propiamente para causar una profunda impresion. Poco tiempo después de su matrimonio, Aylmer estaba un dia sentado junto á su mujer. Su turbacion era cada vez mayor, y vióse por fin obligado á hablar.

—Georgiana, dijo él, ¿no os ha ocurrido jamás la idea de que podría hacerse desaparecer esa señal que tenéis en la mejilla?

—No, ciertamente, respondió ella sonriéndose; pero observando su aire inquieto y preocupado, un color encendido le cubrió el rostro, y añadió:

—A decir verdad, tantas veces la han llamado una belleza, que hasta ahora he sido bastante simple para creerlo.

—En cualquiera otra fisonomía tal vez, pero no en la vuestra. No, querida Georgiana; vos habéis caído tan hermosa de las manos de la naturaleza, que ese defecto tan leve (no sabemos todavía si se debe llamar defecto ó belleza) me choca, porque es la señal visible de la imperfección terrestre.

—¿Qué os choca, decís? replicó Georgiana profundamente ofendida. Hubo un silencio en seguida de despecho, y después, prorumpiendo en llanto, continuó:

—¿Por qué, pues, habernos arrancado de los brazos de mi madre? Ven no podéis amar lo que os choca.

Para explicar esta conversacion necesitamos decir que Georgiana tenia una señal particular en medio de la mejilla izquierda. Cuando no alteraba ninguna emocion la tez sonrosada de su rostro, la señal de un matiz un poco mas oscuro, se confundia casi con el color que la circundaba. Cuando Georgiana se encandía, aun era mas difícil el percibirla, y concluía por desaparecer en medio del linte de sangre que venia á colorar sus facciones. Pero cuando algun movimiento de sorpresa ó enbarazo la hacia palidecer, la señal reaparecia, mancha roja

sobre la nieve, y Aylmer sentia entonces una impresion casi de espanto. Su forma era la de una mano, pero una mano de la especie mas pequeña de pigmeo. Los adoradores de Georgiana decian que esa mano habia tocado con su mano diminuta la mejilla de la criatura el dia que nació, y que la señal habia quedado como un testimonio de los dones mágicos que habrían de asegurarle el imperio de todos los corazones. Muchos mozaletos desahuciados hubieran arriesgado su vida por lograr el privilegio de oprimir con sus labios esta mano misteriosa. Pero no debemos ocultar, sin embargo, que la impresion producida por esta señal de hada variaba extraordinariamente segun el carácter de los que la veian. Ciertas personas descontentadizas,—pero todas del sexo de Georgiana,—sostenian que la sangrienta mano, como se complacian en llamarla, destruía completamente el efecto de su belleza, y tan horrible se fisionomía. Pero tan razonable seria decir que una de las pequeñas heces azuladas, que se encuentran á veces en el mirímol mas blanco, convertian la Eva de Powers en un monstruo. En cuanto á los observadores del otro sexo, si la señal de nacimiento no aumentaba su admiracion se contentaban con desear que desapareciera, á fin de que el mundo pasara un modelo vivo de la belleza perfecta sin la sombra de un defecto. Después de su matrimonio,—porque antes no se habia ocupado de ello,—Aylmer reconoció que formaba parte de esta categoria.

Si Georgiana hubiera sido menos hermosa, si el encanto de la envidia hubiera hallado otra cosa que criticar la gracia de esta mano en miniatura, tan pronto dibujada confesadamente, tan pronto borrada para reaparecer con mayor viveza, segun las diversas emociones que hacia palpitar su corazón, hubiera contribuido á aumentar el amor de Aylmer. Pero viendo á su mujer tan perfecta, este defecto unico le era de dia en dia mucho mas insupportable. Aquella era la marca fatal de la humanidad, que la naturaleza graba de una manera indeleble bajo una ú otra forma sobre todas sus producciones, para indicar que todas son temporales y finitas ó que su perfección debe obtenerse con el trabajo y el sufrimiento.

La mano roja era el emblema del inevitable abrazo que dá la muerte á las mas nobles y mas hermosas criaturas de la tierra, para rebajarlas al nivel de las llamas, al nivel del mismo humo; todos los cuerpos vuelven al polvo de donde salieron. Reconociendo en esta señal el simbolo de la esclavitud de su mujer al pecado, á la pena, á la decadencia y á la muerte, la sombría imaginación de Aylmer no tardó en considerar aquella mano pequeña como un objeto terrible, que le causaba mas tormentos y horror que le habian causado placer la belleza espiritual y corporal de Georgiana.

En aquellos momentos que debian de ser los mas dulces, sin que-rrerlo, y á despecho de sus propósitos firmes, recuia siempre en tan desagradable asunto. Por indolente que le pareciera está al principio, aquella mano se ligó de tal modo con una multitud de ideas, que concluyó muy pronto por ser el punto céntrico de todas ellas. Desde el crepusculo de la mañana, Aylmer, al abrir los ojos, reconocia en la figura de su mujer el simbolo de la imperfección; y cuando estaban sentados por la noche junto á la lumbre, sus miradas se dirigian furtivamente á la mejilla de Georgiana, y áperchaba en ella, vacilante como la llama de la leña que ardia, la terrible mano que escribia muerte en las facciones de aquella á quien él hubiera casi adorado. Georgiana aprendió muy luego á temblar bajo el influjo de estas miradas. Una ojeda era bastante, con la expresion que la figura de su marido tenia con frecuencia, para cambiar las rosas de sus mejillas en una palidez mortal, en méjio de la cual la mano roja se destacaba notablemente como un bajo relieve de rubios sobre el mármol mas blanco.

Una noche, tan tarde ya que la claridad de la lámpara se habia debilitado hasta el punto de hacer visible apenas la señal de la mejilla de la pobre mujer, ella misma abordó por la vez primera y voluntariamente este asunto.

—¡Recordad, mi querido Aylmer, dijo, procurando sonreírse, recordad lo que habéis soñado la noche pasada acerca de esta odiosa mano?

—¡No, no, absolutamente nada! respondió Aylmer estremeciéndose. Y en seguida añadió con tono seco y glacial, para ocultar su profunda emocion:

Pero es muy posible que haya soñado con ella, porque esa marca me ha preocupado vivamente antes de dormirme...

—Si, habéis soñado con ella, continuó Georgiana con precipitacion, temiendo que las lágrimas vieran á interrumpir lo que queria decir. ¿Era un sueño terrible? Me admira que hayais podido olvidarlo. ¿Es posible olvidar estas palabras? *Llega hasta el corazón... y sin embargo, es preciso estirparla!*

Reflexionad, amigo mio; yo queria que recordáseis este sueño. Muy malo está el espíritu cuando el sueño no pueda retener sus fantasmas en la region oscura de su imperio, y los deja huir para tutbar nuestra vida con secretos que pertenecen quizás á otra existencia.

Aylmer recordó su sueño. Se había imaginado que con su ayudante Aminadab ensayaba una operación para arrancar la marca de nacimiento. Pero cuanto más penetraba el escalpelo, más se hundía la mano fatal, hasta que por último apareció grabada en el corazón de Georgiana, de donde el inexorable marido estaba; á pesar de todo, resultó á estirparla.

Cuando este sueño se reprodujo en su memoria con todos sus detalles, Aylmer permaneció sentado en presencia de su mujer con la confusión de un culpable. La verdad se envuelve muchas veces en el manto del sueño para llegar á nuestro espíritu, y entonces nos habla con implacable claridad de cosas, sobre las cuales temamos sin saberlo cuando estamos despiertos. Hasta entonces no había conocido la influencia tenebrosa que ejercía esta idea en su imaginación, y del largo camino que tenía que andar para volver á encontrar la tranquilidad perdida.



(Aventuras de un loco coronado.)

—Aylmer, dijo Georgiana con tono solemne, no sé lo que puede costarnos el borrar este signo fatal. Tal vez una deformidad incurable será el resultado de vuestras tentativas, tal vez esta marca está ligada íntimamente á mi existencia. Por la última vez, ¿conocéis algún medio para hacer desaparecer á cualquier precio esta mano pequeña que, por decirlo así, se ha apoderado de mí antes de nacer.

—Querida Georgiana, mucho tiempo he meditado sobre este asunto interrumpido con precipitación Aylmer, y estoy convencido de la posibilidad de hacerla desaparecer.

—Si existe esa posibilidad, ensayad, cualquiera que sea el riesgo que yo pueda correr. El peligro no me amedrenta, porque la vida, — mientras que este signo odioso me haga aparecer á vuestros ojos como un objeto de disgusto y horror, — la vida es para mí carga insostenible, y con alegría me libraré de ella. Quitadme esa mano terrible ó quitadme esta vida desgraciada. Sois un gran sabio; el mundo entero ha sido testigo de las maravillas que habéis hecho. ¿No podéis arrancar esta mano pequeña que basta á ocultar las extremidades de dos dedos? ¿No está en vuestro poder el asegurar de ese modo vuestra propia tranquilidad y el salvar á vuestra mujer de la locura.

—¡Noble, querida y tierna amiga mía! exclamó Aylmer lleno de gozo. No dudéis de mi poder. Ya he consagrado á este asunto mi más seria atención, atención que hubiera bastado casi para crear un ser

menos perfecto que vos, Georgiana, vos me habéis hecho penetrar más profundamente en el corazón de la ciencia. Me siento con toda seguridad capaz de hacer esa querida mejilla tan perfecta como su compañera, y entonces, ¡qué será mi triunfo cuando haya corregido la imperfección que la naturaleza había dejado en su obra más hermosa! Pigmallon mismo, al animarse su estatua, no sintió transportes más grandes que los que sentiré ya en tal momento.

—En ese caso, está decidido, dijo Georgiana con débil sonrisa. Y no me tengáis compasión, Aylmer, aun cuando veáis que la marca se refugia en mi corazón.

Su marido la besó afectuosamente la mejilla... la mejilla derecha... no aquella que llevaba el sello de la mano roja.

Al día siguiente Aylmer dio parte á su mujer de un plan que había concebido y que le permitía consagrar todo su tiempo y atención á operación tan interesante, mientras que Georgiana gozaría del reposo indispensable para el buen éxito. Debían retirarse á las habitaciones que habían servido de laboratorio á Aylmer, y en las que durante su laboriosa juventud, había hecho descubrimientos que habían excitado la admiración de todas las sociedades científicas de Europa. En el silencio y tranquilidad de este laboratorio había estudiado el pájido fino, los secretos de las mas elevadas regiones de las nubes, y de las ondas mas profundas; allí se había cerciorado de las causas que encienden y alimentan las volcanes; allí había sondado los misterios de las fuentes y manantiales, y averiguado por qué las unas brotan del seno negro de la tierra tan brillantes y tan puras, al paso que vienen otras tan cargadas de ricas cualidades medicinales. Allí también, en época mas antigua, había estudiado las maravillas del cuerpo humano, intentado explorar de qué modo se asimila la naturaleza á todas las preciosas influencias del aire y de la tierra y el mundo espiritual, para criar y desarrollar al hombre, su obra maestra.

Sin embargo, mucho tiempo hacía que Aylmer había abandonado esta última investigación, reconociendo involuntariamente esta verdad, contra la que vienen á estrellarse mas pronto ó mas tarde todos los curiosos, á saber, que nuestra madre, la gran creatura, á pesar de entretemernos, fingiendo trabajar á la luz del día, no deja de guardar con mucho cuidado sus secretos, no señalándonos, á pesar de su flagrada franqueza, más que los resultados. Es verdad que nos permite dormir, pero raras veces, reparar, y nunca hacer, ociosa como si fuera un inventor con privilegio. Esto no obstante, Aylmer emprendió nuevamente sus investigaciones, ya casi olvidadas, no ya con la esperanza que había concebido antes, sino porque descubrían muchas verdades biológicas, y porque se encontraban en la disposición que él debía seguir para la operación de Georgiana.

Georgiana también al atravesar los muros del laboratorio. Aylmer la miró con ojos alegres para tranquilizarla, pero se asustó tanto al ver cómo brillaba el signo de nacimiento sobre sus pálidas mejillas, que no pudo reprimir un estremecimiento convulsivo. Su mujer se desmayó.

—¡Aminadab! ¡Aminadab! gritó Aylmer golpeando violentamente el suelo con los pies.

Al punto apareció un hombre de estatura pequeña, pero de formas vigorosas, con una cabellera larga y áspera que servía de marco á sus facciones emnegrecidas por el humo del hornillo. Esta persona se había servido de ayudante á Aylmer durante toda su carrera científica. Su prontitud maquina y la habilidad con que ejecutaba todos los detalles prácticos de la experiencia de su maestro, sin comprender un solo principio, hacían de él el mas útil instrumento. Con su fuerza hercúlea, su desordenada cabellera, su cara abumada y el carácter indescriptiblemente material que la cubría como con una corteza, representaba la naturaleza física del hombre, mientras que la talla esbelta de Aylmer, su rostro pálido y lleno de inteligencia, ofrecían un tipo menos perfecto de su elemento espiritual.

—Abrid la puerta del gabinete, Aminadab, dijo Aylmer, y quemad una pastilla.

—Sí, señor, respondió Aminadab, mirando atentamente el cuerpo inanimado de Georgiana, y después dijo entre dientes:

—Si fuera mi mujer, no procuraría yo borrar esa señal.

Al recibir Georgiana el conocimiento, sintió un perfume penetrante, cuya dulce influencia la había hecho volver en sí. La escena que tenía ante sus ojos le pareció una mansión encantada. Aylmer había convertido los cuartos sombríos y ahumados, en que había pasado sus mejores años buscando las causas ocultas, en una habitación digna de aposentar á una mujer hermosa. Las paredes estaban cubiertas con telas magníficas, que comunicaban al gabinete el aire de grandeza y elegancia que no puede dar ningún otro adorno; y al caer desde alto abajo, los anchos pliegues de aquellos pesados tapices, arrollando los ángulos y las líneas rectas, parecía que óscultaban un espacio cogido en el seno de lo infinito. Georgiana podía imaginar que se hallaba en un pabellón en medio de las nubes. Aylmer, al deterrar los rayos del sol, que hubieran estorbado sus operaciones químicas, los había reem-

plazado con lámparas perfumadas, que producían llamas de diversos colores, refundiéndose todas en una dulce claridad de púrpura. En aquel momento estaba de rodillas junto á su mujer, contemplándola con interés, pero sin alarma, porque confiaba en su saber, y se sentía capaz de trazar al rededor de ella un círculo mágico, que ningún mal pudiera penetrar.

—¿Dónde estoy!... ¡Ah! ¡ya me acuerdo! dijo Georgiana con voz débil y trémula. Y al mismo tiempo llevó la mano á su mejilla para ocultar á los ojos de su marido el signo terrible.

—No temáis nada, amiga mía! contesto él. No tembleis en mi presencia. Creedme, Georgiana, estoy contento con esta única imperfección, porque me ocasionará la dicha de hacerla desaparecer.

¡Oh, perdón, perdón! repuso tristemente su mujer. Os lo suplico, no volváis á mirar este signo. No puedo olvidar ese estremecimiento de disgusto.

Para calmar á Georgiana, y para aliviar, hasta cierto punto, su imaginación del peso de las cosas actuales, Aylmer le enseñó algunos secretos entranidos que había descubierto en el camino de la ciencia. Imágenes aéreas, ideas absolutamente privadas de cuerpo, formas de insustancial belleza vinieron á danzar ante ella, y las huellas de sus pasos ligeros parecía que se imprimían por un momento en los rayos de luz. Aunque tuviese una idea vaga del modo como se producen esos fenómenos de óptica, sin embargo, la ilusión era casi bastante perfecta para justificar su creencia en el poder que ejercía su marido en el mundo espiritual. Luego, cuando deseó ver lo que pasaba fuera de allí, al punto, respondiendo á su pensamiento, la procesion de la vida exterior desfiló ante su vista en un bastidor. La escena y los personajes estaban perfectamente representados, pero con la diferencia seductora é inesplicable que hace siempre una sombra, una imagen, un cuadro, mas atractivos que el original. Cuando Georgiana se cansó del espectáculo, Aylmer la rogó que mirase una vasija llena de tierra, Ella obedeció, al principio sin interés, pero muy pronto se vió agradablemente sorprendida viendo romper la tierra á un gérmen de planta; en seguida se levantó un tallo débil... las hojas se desplegaron gradualmente... y en medio de ellas aparecía una fresca y preciosa flor.

LA CORNETA DE LLAVES

(Continuación.)

VI.

Luego soñé que estaba tendido en una camilla, en mi prision. No veía.

Llévame la mano á los ojos para quitarme la venda, y me loqué los ojos abiertos, dilatados.

Era que la prision se hallaba llena de tinieblas.

Oí un doble... y temblé.

Era el toque de ánimas.

—Son las nueve... pensé; pero de qué día?

Una sombra, mas oscura que el tenebroso aire de la prision, se inclinó sobre mí.

Parecía un hombre.

Y los demás? Y los otros veinte?

Todos habian muerto fusilados.

Y yo?

Yo vivía, ó deliraba, dentro del sepulcro.

Mis lábios murmuraron inquisitamente un nombre, el nombre de siempre, mi pesadilla....

—Ramon....

—¿Qué quieres? me respondió la sombra que había á mi lado.

Me estremecí.

—Dios mío! exclamé, estoy en el otro mundo?

—No, dijo la misma voz.

—Ramon, vivos?

—Sí.

—Y yo?

—Tambien.

—¿Dónde estoy? Es esta la ermita de San Nicolás? No estoy prisionero? Lo he soñado todo?

—No, Basilio; no has soñado nada. Escucha.

VII.

—Ayer maté al coronel en la batalla.... Estoy vengado!... Despues me cegó el furor, y maté... maté... hasta despues de anochecido....

hasta que no había un cristiano en el campo.... Estaba muy cansado cuando salió la luna y me acordé de tí. Entonces enderecé mis pasos á la ermita de San Nicolás con intencion de esperarte.

Eran las diez de la noche: la cita era á la una: la noche antes no había pagado los ojos.... Me dormí

Al dar la una, lancé un grito y desperté.

Soñaba que habías muerto.

Miré á mi alrededor y me encontré solo.

Y tí?

Dieron las dos... las tres... las cuatro... ¿Qué noche de angustia!

Tú no parecías.

Sin duda habías muerto....

Muerto! Muerto!

Este pensamiento me desesperaba.

Amaneció.

Entonces dejó la ermita y me dirigí á este pueblo en busca de los facciosos.

Llegué al salir el sol.

Todos creían que yo habria perecido.

Al verme me abrazaron, me colmaron de distinciones y me dijeron que iban á ser fusilados veinte y un prisioneros.

Un presentimiento se levantó en mi alma.

—Será Basilio uno de ellos?

Corrí.

El cuadro estaba formado.

Oí unos tiros....

Habian empezado á fusilar.

Tendí la vista... pero no veía....

Me cegaba el dolor; me desvanecía el miedo.

Al fin te distingo....

¡Has á morir fusilado!

Faltaban dos victimas para llegar á tí....

¿Qué hacer?

Me volví loco: di un grito; te cogí entre mis brazos; y con una voz ronca, desgarrada, tremebanda exclamé:

—¡Etsa no! este no, mi general!

El general, que mandaba el cuadro y que ya me conocía por mi comportamiento de la víspera, me preguntó:

—¿Pues qué? Es músico!

Aquella palabra fué para mí lo que sería para un viejo ciego de nacimiento ver de pronto el sol de un día de verano.

La luz de la esperanza brilló á mis ojos tan... súbita, tan intensa, tan desbordada, que los cegó.

—Músico! exclamé.... sí... sí... mi general; es músico; un gran músico!

Tú entretanto yacias sin conocimiento.

—¿Qué instrumento toca, preguntó el general.

—Él... la... el... el... sí... ¡justo!... eso es!... la corneta de llaves!

—¿Hace falta un corneta de llaves? preguntó el general volviéndose á la banda de música.

Cinco segundos, cinco siglos, tardó la contestacion.

—Sí, general, hace falta, respondió el músico mayor.

—Pues sacad á ese hombre de las filas, y que siga la ejecucion al momento, exclamó el jefe faccioso.

Entonces te cogí en mis brazos y te conduje á este calabozo.

VIII.

No bien dejó de hablar Ramon, cuando me levanté y le dije, con lágrimas, con risa, abrazándolo, trémulo, y no sé como:

—Te debo la vida!

—No tanto, respondió Ramon.

—¿Cómo es eso? exclamé.

—¿Sabes tocar la corneta?

—No.

—Pues estás fresco.

—En efecto, me quedé frio como una piedra.

—Y música? preguntó Ramon.

—Un poco, muy poco, ya recuerdas lo que nos enseñaron en el colegio.

—Poco es, ó mejor dicho nada. Morirás sin remedio... y yo tambien, por traidor, por falsario. Dentro de quince dias estará organizada la banda de música á que has de pertenecer.

—Quince dias!

—Ni mas ni menos. Y como no tocarás la corneta... porque Dios no hará un milagro, nos fusilarán á los dos sin remedio.

—Fusilarte, exclamé, á tí por mí, por mí, que te debo la vida! Ah! no, repliqué, no lo querrá el cielo. Dentro de quince dias sabré música y tocaré la corneta de llaves.

Ramon se echó á reir.

IX.

Qué mas quereis que os diga, hijos míos?
En quince días, oh poder de la voluntad! en quince días con sus quince noches: pues no dormí ni reposé un momento en medio mes, asombráos! en quince días aprendí á tocar la corneta!

Qué días aquellos!

Ramon y yo salíamos al campo y nos pasábamos el día con un músico que venía de un lugar próximo á darme lección.

Escapar! leo en vuestros ojos estas palabras: escapar era imposible; yo era prisionero y me vigilaban; Ramon no quería escapar sin mí.

Y yo no hablaba, yo no pensaba, yo no comía.

Yo estaba loco.

Mi monomanía era la música, la corneta.

Quería aprender, y aprendí.

Y si hubiera sido mudo hubiera hablado.

Y paralítico, hubiera andado.

Y ciego, hubiera visto.

Porque quería.

Oh! la voluntad suple por todo.

QUERER ES PODER.

Quería, hé aquí la gran palabra.

Quería... y lo conseguí. Niños, aprended' esta gran verdad!

Mé salvé, pues, la vida.

Pero me volví loco.

Y loco, mi locura fué el arte.

En tres años no solté la corneta de la mano.

Do-re-mi-fa-sol-la-si; hé aquí mi mundo.

Mi vida consistía en soplar.

Ramon no me abandonaba.

Emigré con él á Francia, y en Francia seguí tocando la corneta.

La corneta era yo: yo cantaba con la corneta en la boca.

Mi demencia era la de *Donizetti*.

Los hombres, los pueblos, las notabilidades del arte se agrupaban para oírme.

Yo era un pasmo, una maravilla.

La corneta se doblegaba entre mis dedos, se hacia elástica, gemía, lloraba, gritaba, rugía, imitaba al ave, á la fiera, al sollozo humano. Resolvía problemas de interminables sostenidos. Mi pulmon era de hierro.

Y así viví otros dos años más.

Al cabo de ellos bajó Ramon al sepulcro.

La vista de su cadáver me hizo recobrar la razon.

Cogí la corneta... y no sabía tocarla.

Quereis ahora que os haga son para bailar.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

HIMNO AL SOL.

Levanta, rey del mundo y de los astros!
Tu cabeza de rayos coronada;
Extiende sobre el mundo tu mirada,
Y restituye el celestial calor:

Qué el dardo de tu luz la sombra densa
Rasgar no pudo en las tinieblas frio,
Y helarse vió las gotas del rocío
En los rígidos cálices la flor.

Alzate jó sol! En las mayores cumbres
Ya tu rielante ráfaga prendía,
Y aun el caos de las sombras envolvía
La falda y llano en vaga oscuridad.

Y un momento pasó, y endió vibrando
La distancia inferior tu rayo de oro,
Y fué la tierra un ancho meteoro,
Y sonrió gozosa tu deidad.

Alzate, jó sol! El ruiseñor del bosque
Tu presencia en los cielos solemniza:
El aura blanda que su pluma riza,
Canta en himnos alegres tu ascension.

El pino ondeando su gentil plumeró,
Se inclina en tu presencia reverente,
Y en su cauce de rocas el torrente
Se despeña clamando: ¡Bendición!

Hasta las ondas de la mar se elevan
Cuando en las cumbres del Oriente rayas;
Y revosando en las torrientes playas,
Se adelantan gozosas ante ti.

Palpita el orbe. Cielos, tierras, mares,
Que en la luz esperada, se coronan.
El himno excelso de tu gloria entonan,
Y el mundo clama; ¡Contempladle allí!

¡Oh inagotable engendrador del día!
¡Manantial de la luz, trono del rayo!
Ven, y del torpe y frígido desmayo
Alanza con tu fuego la creacion.

¡Guerrero inmenso del esendo de oro,
Como al bardo Osian apareciste!
Ven, y al imperio de las sombras triste
Precipita el flamijero brido.

¡Oh! ¡Cuán hermoso entre los mundos eres
Con eterna y magnífica hermosura!
La omnipotencia se cifró en tu hechura;
Dios á sí mismo se admiraba en ti.

Corre, corre, ¡alto sol! Ya por los montes
Tu derramada cabellera ondea:
Que yo en tu hermosa plenitud te vea,
Y el rayo sienta de tu lumbre en mí,

Tal vez el cielo se cubrió de nubes;
Sonó la voz de las tormentas bravas;
Tú como espectro lívido velabas:
La faz opaca y triste en la extension:

Reflejándose rápido en tu espejo,
Yo ví anejo bullo en majestad sombría;
Y era Dios, y era Dios que conducía
La carroza veloz del aquilon.

¡Dios, Dios, eterno sol! Tú eres su imagen:
La luz y la verdad son una esencia;
De admiracion hendido en tu presencia,
Yo siento en mí tu fuego celestial.

Mas no apareces iracundo ahora,
La tempestad señoreando. El velo
De las sombras cayó; y ardiendo el cielo,
Abre ante tí su pabellon triunfal.

¡Oh! ¡Cómo el universo palpitante,
Al claro despuntar de la mañana,
La rica veste que fulgura engrana,
Ostenta ardiendo en celestial fulgor!

¡Oh! ¡Cuál la tierra, al parecer del día,
Con virgínea pureza resplandee,
Y en su alma frente recibir parece
El ósculo primero del Criador!

¡Cómo, sonando en melodiosos cantos,
Del claro templo del naciente día,
Arpa inmortal de élica armonía,
Que pulsa el mas hermoso querubín!

¡Cómo del ser la multitud confundida
En una adoracion la varia esencia;
Y el cántico sin fin de providencia
Entona el mundo, y de placer sin fin!

El te saluda, ¡oh sol! Al eco blando
Despierta el aura que la luz aspira;
Y bate el ala temblorosa, y gira,
Y esparce en torno el natural humor.

Oyese al léjos el bramar del toro;
Vaga, cual aérea flor, la mariposa;

Léba la abeja el néctar de la rosa:
Bala el cordero; alégrase el pastor.

Por todas partes resonar se escucha
La voz del campo, el plácido ruido,
Que habla por siempre el corazón dolido,
Íntimo acento de inocencia y paz.

Do quier el ansia de admirar se embebe,
Y aduerme el sentimiento de las penas;
Vagan do quier imágenes serenas
De quietud melancólica y solaz.

¡Dichosos climas que en su eterno encanto
Mas cercanos del cielo estar parecen!
¿Dónde con tal viveza resplandecen
Tus rayos de zafiro y de arrebol?

Natura se alza del nocturno lecho,
Resplandeciendo en líquido rosío,
Y abierto el seno blandamente frío,
Como á un esposo te recibe, ¡oh sol!

Pura, feliz, voluptuosa, rica
De aromas, de colores, de frescura,
Rebosando abundancia de hermosura
Su alma regazo, templo del placer;

Contempla tú desde el radiante sólio
Los campos de la hermosa Andalucía;
En vano busca en su carrera el día
Mansión mas bella en que su luz verter.

La vista se reposa en las llanuras
Sobre ramos de rosa y esmeralda;
Cifñela en torno su feraz guirnalda
Bosque de mirto y lauro arrayan:

Suaves colinas por do quier se ofrecen
Al ojo inquieto en movimiento blando,
Que al horizonte diáfano ondulando,
Cual si la tierra palpitate están.

Cañida allá de iluminadas brisas,
En la margen sonora reclinada,
Tendiendo por sus campos la mirada
Entre raudales de infinita luz;

Alza la frente, arábica Sevilla,
De mil ciudades imperial matrona;
La perla mas brillante en la corona
Del imperio magnífico andaluz:

Y arrollando á sus plantas vencedoras
El gran tributo del raudal lejano,
Que se adelanta el dios del Oceano
En su concha marina á recibir;

Bajo un dosel de retemblantes bosques
Donde se enlaza el lauro al sicomoro;
Sus olas vuelca de diamante y oro
Sobre alfombras de flor Guadalquivir.

¡Oh sol! ¡gran sol! Hé aquí la encantadora
Región de los suavísimos placeres:
Aquí se nace amando; aquí á los séres
Les falta vida por tanto amor.

Y esta Vénus del mundo á sí levanta
De un lecho de deleites su semblante
Como á un amante mas, como á un amante
Que la estás prodigando tu esplendor.

¡Ay! Siento yo bajo tan dulce clima
Letargo ardiente, enamorado sueño;
Y busco en ansia eterna un halagüeño
Rostro y un seno que doblan mi sien.

Lleva el amor las horas de mi vida;
Ora me arranco de sus dulces brazos,

Preso en la red de seductores lazos,
Que llaman ¡ay! felicidad y bien.

Mas al sentir tu influjo soberano,
Vaga ambicion en mi alma se despierta,
Dormida siempre, pero nunca muerta,
En la inercia fatal del corazón,

¡Oh! sol! ¡oh excelso sol! Tú eres muy bello
Bajo el cielo feliz de Andalucía;
Pero ansio verte yo, ¡padre del día!
Desde lejana neógnita region.

En donde enciende el trópico su antorcha,
En la plaga hirporbórea de la tierra,
De cuanto grande el universo encierra,
Corre á mi vista el puro manantial.

Al corazón cansado de sí mismo,
Patria será la inmensidad del mundo:
Hoya de mí por siempre este infecundo
Goce que engendra tras del tedio el mal.

¿No hay mas felicidad que un cerco impuro
De enervantes y estúpidos placeres?
¿No hay en el mundo ya sino mujeres,
Que hagan tambien del hombre una mujer?

¿Dará alimento de emociones grandes
La tediosa inaccion al alma inquieta?
¿Es un alma inmortal la que vegeta
Tan pequeña mañana como ayer?

Corre, ¡gran sol! Lo mismo que las flores
Renazco yo á tu luz, vivo y me aliento;
Hervir instintos poderosos siento
En mi frente, en mi pecho, aquí y aquí.

Al alma llega tu infinito rayo,
Y me enseña el horror de su vacío;
La luz es el espíritu, y el mio
Recibe altos estímulos de tí.

Corre; corre, ¡gran sol! Corre, y mis ojos
Te siguen al Zenit. Yo me figuro
Que al levantarme de este suelo impuro
A la patria suprema é inmortal;

Tendré á tus espléndidas regiones
Mi alma inmortal el infinito vuelo,
Y en tó árdua hoguera á conquistar el cielo
Se purgará del polvo terrenal.

¡Antorcha de los tiempos y los orbes!
¡Luz de la inmensidad! ¡De Dios espejo!
El coro de los astros tu cortejo,
El hombre tu incansante adorador.

Mi arpa y mi voz conciertos melodiosos
Esparcen á las auras matutinas;
El alma, no los ojos, iluminas,
¡Astro inmortal! de tu feliz cantor.

Y ojalá, ojalá que roto un día
El eslabon que el ánima encadena,
Océanos sin fin de agua ó de arena
Atravesando en honda soledad;

Desde la cumbre de lejanos montes,
De la cumbre del mar á tí se eleve
Mi acento, ¡oh sol! y el cántico te lleve
De entusiasmo, de gloria y majestad.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Allende.